

CAPÍTULO XXI

El cadalso. — Luis XV. — Una palabra de Mad. de Pompadour. — El conde de Lally-Tolendal. — Su origen. — Principios de su carrera militar. — Es nombrado coronel. — Se distingue en Fontenoy. — Se le nombra gobernador de nuestras posesiones en la India. — Sus primeros actos. — Éxito que tuvieron. — Se apodera de Gondelour y de Saint-David. — Su marcha progresiva. — Toma á Madrás. — Saqueo. — Los mercenarios hacen traición. — Retirada de Lally. — Pondichery. — Desastre. — La escuadra francesa batida. — Insurrección de las tropas. — Toma de Pondichery. — Lally prisionero en Londres. — Sus enemigos en Versalles. — Entra en Francia bajo palabra de honor. — Le encierran en la Bastilla á petición suya. — Informe de los gobernadores y de los colonos. — Privante de sus jueces naturales. — Las cámaras del parlamento avocan la causa. — El secretario de Mr. de Lally. — Principio del proceso. — Aetitud del acusado. — Su confianza en la bondad del rey. — La navaja de afeitar. — Una palabra del mayor. — Deshonoran á Lally. — Su condenación. — Sus últimos momentos en la Bastilla. — El consejero Pasquier. — Pasquier-Mordaza. — La Greve. — Sansón el verdugo. — Un recuerdo de la juventud de Lally. — Ejecución. — El hijo del conde de Lally. — Mad. de Heuze y la señorita de Dillón. — Dicho de Luis XV á Mr. de Choiseul.

Hemos dejado sin relacionar un suceso que produjo mucho ruido en París, una muerte que no hizo en

Francia menor sensación que las más ilustres de las que acabamos de referir.

Tiempo hacía que el cadalso permanecía inactivo como un teatro desierto en que la nobleza no iba ya á representar su último papel.

Los últimos condenados políticos fueron aquellos desgraciados jóvenes de Bretaña llamados Mrs. de Montluis de Pontcalec, Ducuoedic y Talhouet, cuya ejecución hemos relatado.

Los actos del ministerio del cardenal de Fleury habian sido pacíficos, y Luis XV por su parte tampoco era cruel, aunque si algo arrebatado, pues más de una vez en las discusiones parlamentarias hubo acaloradísimos lances. Mad. de Pompadour decia: « Procuro apaciguar la cólera del rey, porque conozco que si empieza á derramar sangre inundará con ella la corte. »

El que debía figurar en aquel cadalso de la nobleza después de treinta y siete años, era el conde Tomás Arturo de Lally-Tolendal; nombre brillante, nombre célebre que habia resonado en la corte de los Estuardos con igual adhesión, ya fuesen reyes, ya estuviesen prisioneros, bien habitasen en Windsor ó en Saint-Germain.

Desde que los Estuardos estaban en Francia, era francés el conde de Lally: entró en el servicio á los diez y ocho años y fué conducido por su padre, segundo coronel del regimiento irlandés de Dillón, al campamento de Gerona, donde recibió el bautismo del fuego. Cuatro años después, es decir cuando contaba doce años y medio, estaba de guardia en la trinchera delante de Barcelona.

No tardó Lally en ser coronel del regimiento que llevaba su nombre. En 1740 tenia treinta y ocho años

y fué nombrado teniente general; en 1743 se distinguia en Fontenoy, y por último en 1756 le eligió el rey para gobernador de nuestras posesiones en la India.

Lally era valiente é instruido, y llegaba á aquel antiguo mundo aborreciendo á los ingleses y ansioso de fama. Su primer paso fué una victoria, y treinta y ocho días después de su arribo no quedaba ya un uniforme encarnado en toda la costa de Coromandel. La toma de Gondelour y de Saint-David le enardecieron, y á pesar de la estación, no obstante la falta de recursos y contra la opinión de sus generales, se empeñó en continuar las operaciones. La temeridad constituía su fuerza y confiado en ella marchó sobre el Tanjaour; pero los ingleses le dejaron avanzar, retrocedieron, ganaron á uno de sus tenientes la batalla de Orixá y se apoderaron de la ciudad de Massulipatnam.

Durante este tiempo Lally atacaba á Madrás y la tomaba por asalto.

Tiempo hacia que las tropas no estaban pagadas y carecian de todo, viéndose obligado el general á permitir que sus soldados entrasen en las pagodas y en las rupias indianas. Las casás particulares, los edificios públicos y los templos fueron saqueados; cometieron horribles excesos, pero el soldado henchido de botín y el oficial enriquecido de repente callaron, á lo menos por entonces.

Por desgracia sólo la ciudad de Madrás habia caido en poder de los franceses, pues los ingleses ocupaban todavía los fuertes. Lally hizo abrir brécha y activó el ataque del fuerte de San Jorge: faltaban todos los medios de ataque, mas persuadido el general de que los esfuerzos del enemigo debían ceder ante la volun-

tad enérgica, empleaba sin cesar la violencia en vez de la persuasión.

Poco á poco se cansaron los franceses de verse mandados por aquel irlandés altivo. Los mercenarios, cuyo número ascendía á la mitad del ejército, dieron oídos á las proposiciones de los ingleses y se pasaron á sus filas. Resultó de aquí que al cabo de un mes de ocupada la ciudad de Madrás, Lally despechado conoció que le era imposible conservarla; abandonó el sitio del fuerte de San Jorge, y se retiró sobre Pondichery; pero encontró esta plaza desprovista de todos los recursos que en aquel momento necesitaba, de modo que no halló en ella ni viveres, ni hombres, ni dinero.

También nuestra escuadra, que habia defendido la plaza desde principio de la guerra, fué atacada por la inglesa, muy superior en número, y después de un combate glorioso, aunque inútil, habia hecho rumbo hacia la isla de Borbón, resultando de aquí que, al entrar en Pondichery, el gobernador se vió reducido á sus propios recursos, los cuales no tardaron en ser nulos, á consecuencia de la insurrección de los soldados que, habiendo tenido por única paga el saqueo de Madrás, reclamaron sus atrasos, que consistian en seis meses.

Lally, en presencia del motin fué lo que habia sido siempre, violento y altanero: por doquiera que se presentaba, sofocaba aquél, pero la llama apagada á sus espaldas, volvía á encenderse con nueva furia.

En medio de estas escisiones interiores, bloquearon los ingleses á Pondichery, rehusaron á un general irlandés una capitulación que quizá hubieran concedido á un general francés, entraron á viva fuerza en

Pondichery, y dueños de la ciudad, vengaron con terribles represalias el saqueo de Madrás.

Lally, hecho prisionero con su estado mayor fué enviado á Londres.

Ya puede concebirse la sensación que causaría en París una derrota tan completa. Tomada la capital de las posesiones francesas, prisionero el gobernador y su estado mayor, era imposible saber á la vez y de pronto, después de la serie de victorias de que se ocupaban aún, tan grande y desastroso descalabro.

Lally tenía gran número de enemigos en la corte de Versalles, los cuales sacaron partido de la desgracia del general irlandés, y atacaron no sólo la capacidad del gobernador, no sólo su valor, sino también su honradez.

Según aseguraban, los desastres del ejército provenían de haberse dilapidado los caudales del gobierno, lo cual había retrasado el pago de las tropas.

Lally-Tolendal supo en Londres estas acusaciones, y no pudiéndolas sufrir su orgullo, pidió pasar á Francia bajo palabra de honor, y le fué concedida su demanda. Llegó, pues á París, creyendo que todo se desvanecería al presentarse; pero como buen general, conoció muy pronto que había dejado tomar al enemigo una posición demasiado ventajosa, para poderle desalojar de ella.

Entonces trató de apelar á la justicia del rey de la justicia de los cortesanos, y le pidió el favor de ser encerrado en la Bastilla, el cual le fué concedido el día 1.º de noviembre de 1762.

En 3 de agosto del mismo año, habían presentado al rey un informe el gobernador y el consejo supremo de Pondichery, en el que exponían:

» Que ofendidos en su honor y en su reputación

por las imputaciones de Mr. de Lally, pedían justicia á S. M., y un tribunal para que se la administrase. »

Apoyaba este informe una memoria en que se quería probar que el consejo y la desgraciada colonia de la India habían sido tiranizados por la arbitrariedad de un jefe despótico, que nunca había conocido los principios del honor, de la prudencia, ni aun de la humanidad. Que el conde de Lally era el único responsable de la administración interior y exterior de la compañía, así como de todos los productos de las tierras y de las dependencias que ella poseía; que era asimismo culpable de la pérdida de Pondichery, supuesto que esta ciudad sólo se había rendido por falta de víveres, y que él era quien tenía los medios de procurarlos, á saber, el dinero, los frutos y las tropas para protegerlos.

Si la instrucción del proceso hubiese radicado ante un consejo de guerra, Lally hubiese salido libre; pero se quería su muerte, y por lo mismo se encomendó dicha instrucción á las cámaras del parlamento reunidas en tribunal de justicia.

He aquí las razones porqué se quería la muerte del general.

Primera. Por hacer creer en el extranjero que el irlandés nos había hecho traición, pues de este modo se salvaba el honor de la nación francesa.

Segunda. Por satisfacer el odio que existía entre Mr. de Choiseul y Mr. de Lally-Tolendal, quien había sido nombrado gobernador de la India, á pesar de los esfuerzos del ministro.

Tercera. Por perder al mismo tiempo que á Mr. de Lally á Mr. de Saint-Priest, pariente suyo, intendente del Languedoc, y designado por la camarilla del

delfin para formar parte del gabinete que debía reemplazar, cuando la ocasión se presentase, al ministerio Choiseul.

Había además un antecedente histórico de igual género, pues los ingleses nos habían enseñado el camino, cortando la cabeza al almirante Bing.

Mr. Pasquier, consejero de la cámara alta, y fiscal que fué en la causa de Damiens, se encargó de la acusación del general irlandés.

Muy fácil fué á Lally equivocarse en un principio acerca de la suerte que le estaba reservada, porque los rigores de la Bastilla se dulcificaron para él, limitándose á una simple reclusión; así es que podía pasearse, recibir á sus amigos, y hasta consiguió permiso para tener un secretario.

El carácter violento é irascible del prisionero en nada se modificó durante su cautividad, antes bien, todas sus facultades adquirieron mayor irritación. El infeliz secretario, á quien su adhesión había arrasado hasta el extremo de hacerse encerrar con su amo, salió muy mal recompensado de su sacrificio: los arrebatos del prisionero empezaron á trastornarle la cabeza; se volvió triste, silencioso é inquieto, y una tarde en que un criado había vertido en el patio destinado al efecto, una cubeta de sangre cuajada de las sangrias hechas por el cirujano de la Bastilla, el desventurado secretario, ya medio loco, se asustó á la vista de aquella sangre, que creyó ser de alguna víctima inmolada en secreto. Al punto se manifestó loco rematado, le acometió un ataque de nervios, y empezó á gritar:

— Nada he hecho, nada, yo no soy culpable. ¿Quién será capaz de cortarme la cabeza por crímenes

que no he cometido? ¡ Mi libertad, yo quiero mi libertad!

Pero desgraciadamente para el secretario, todos los sirvientes que entraban en la Bastilla, sólo salían después de la muerte de sus amos ó cuando éstos quedaban en libertad; por consiguiente, nada obtuvo con sus gritos y lamentos: empeoró, sin embargo, su locura: sólo hablaba de cadalsos y de tormentos, y se temió que la guarnición se contagiase; por lo tanto, determinaron trasladarle á Charentón; hicieronlo así, y el general quedó solo en la Bastilla.

Entretanto, se instruía aunque lentamente el proceso del gobernador, porque los testigos principales estaban en Madrás y en Pondichery, es decir, á cuatro mil leguas de Francia; de modo, que la vista de la causa no se abrió hasta el 6 de junio de 1763.

Durante un año de prisión había conservado Lally toda su tranquilidad; conocía el odio que le profesaban los Choiseuls; tampoco dudaba de la severidad del parlamento, pero cuando sus amigos le expresaban su propia inquietud, contestábalas con la mayor serenidad:

— El rey hará gracia.

Dieron principio los debates con repugnante parcialidad, y preciso es decir también, que el acusado envenenaba más y más los odios y aumentaba las enemistades con el vigor de sus respuestas y con la fuerza de sus argumentos, porque en muchos puntos de su defensa se convertía de acusado en acusador.

Las sesiones eran violentas, y al volver á su prisión Lally, podía convencerse de que de día en día era mayor la vigilancia que se ejercía con él. De vez en cuando, cruzaban su mente sombríos presentimientos. Cierta día en que el barbero le afeitaba en

presencia del carcelero, según costumbre, Lally consiguió apoderarse á escondidas de una navaja de afeitar: concluida la operación, reclamó el barbero el instrumento que faltaba en su bolsa, y Lally convino en que lo había tomado con la intención de afeitarse solo en lo sucesivo. Incomodado entonces el carcelero, intimó á Lally devolviese la navaja á su dueño, pero el general se negó á entregarla. Las órdenes eran severas sin duda, supuesto que el guardián, sin pasar aviso al gobernador, pidió socorro, sacudió la cuerda de la campana, llamó á la guardia, y al momento se llenaron de soldados el corredor y calabozo de Lally.

El general, entonces, riéndose á carcajadas, devolvió la navaja, causa de todo aquel grande alboroto.

Tenia al mismo tiempo tanta confianza en la clemencia del rey, que aquel tumulto, ocasionado por una navaja de afeitar, no pudo hacerle abrir los ojos.

Llegó el día, sin embargo, en que una palabra del mayor iluminó cruelmente su espíritu.

El carruaje que conducía á Lally á las sesiones del parlamento llevaba siempre una fuerte escolta, y para más seguridad, el mayor iba á su lado. Cierta mañana se amotinó el pueblo al rededor del coche y habiéndose asomado Lally á la portezuela para averiguar el motivo de aquella agitación, el mayor, cuyo buen proceder nunca se había ocultado al preso, le dijo:

— Cuidado, mi general, porque tengo orden de mataros á la menor seña que hagáis al pueblo, ó á la más pequeña demostración de interés que el pueblo os dirija.

Lally se retiró pensativo al fondo del coche.

No fué esto todo: tan luego como llegó á sospecharse que al cabo de pocos días se pronunciaría la

sentencia, observando el primer presidente el deseo que demostraba el general en aparecer de uniforme con las insignias de su grado, y las órdenes del rey con que estaba condecorado, ordenó aquél al mayor de la Bastilla, le despojase de sus charreteras, de su cordón azul, y de sus placas.

Cuando el mayor, que ya le había prevenido las órdenes que había recibido contra él, le suplicó se quitase sus insignias, Lally respondió que podían muy bien arrancárselas; pero que jamás se las quitaría él mismo.

La orden era terminante, el mayor debía obedecer, y se vió obligado á apelar á la fuerza, trabándose una lucha, en la que derribado á tierra el prisionero, se le arrancaron hechos pedazos sus cordones y charreteras.

Todas estas severidades eran persecuciones inútiles que debían abrir los ojos á Lally; pero quien, sin embargo, no podía creer se le condenase á muerte.

El día 6 de mayo de 1766, recibió el general un cruel desengaño.

Pronuncióse la sentencia del parlamento, y el conde fué condenado á muerte, como reo convicto de haber hecho traición á los intereses del rey, del Estado y de la compañía de las Indias, así como de abuso de autoridad, y de haber cometido exacciones onerosas á los súbditos del rey y extranjeros.

El conde Lally-Tolendal debía ser decapitado en la plaza de Greve.

Al saber esta sentencia, tanto más terrible, cuanto que el general no había querido de modo alguno preverla, Lally apostrofó á sus jueces, tratándolos de verdugos y asesinos.

El cura de la Santa Capilla se acercó entonces á él,

y le exhortó á que se calmara ; pero Lally le rechazó con impaciencia.

— Señor, le dijo, dejadme un instante solo.

Y fué en seguida á sentarse en un rincón.

Durante unos diez minutos, le abandonaron á su cruel meditación, y en seguida el mayor sumamente conmovido le llamó para conducirle de nuevo á la Bastilla.

Lally se acordó entonces, cuántas veces se había él impacientado y tratado brutalmente á aquel hombre, siempre bueno y generoso para con él.

— Señor, le dijo, perdonadme mi inflexibilidad, soy un viejo militar, acostumbrado á obedecer únicamente las órdenes del rey, y casi siempre el desgraciado carácter de que me hallo revestido, me conduce más allá de donde yo quisiera ir.

— Ante una desgracia semejante á la vuestra, replicó el mayor, no me acuerdo ni me acordaré nunca sino del respeto que os debo.

— Entonces venid á mis brazos, dijo Lally; siento el tiempo que os he aborrecido, y veo ahora bien claramente que no hacéis más que cumplir con vuestros deberes.

Dicho esto volvieron juntos á la Bastilla.

Apenas el sentenciado entró de nuevo en la prisión, le preguntaron si quería recibir á su confesor.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! dijo, mucha prisa tienen para quitarme la vida.

— Señor, contestó el mensajero, creo poder aseguraros que la visita del sacerdote es puramente oficiosa.

— Pues bien, respondió Lally, tened la bondad de decirle que le recibiré más tarde ; en este momento me hallo sumamente fatigado, y desearía descansar un rato.

Dejáronle solo, y en efecto se quedó dormido.

Desde aquel momento, ninguno de los amigos, ninguno de los conocimientos del sentenciado entraron á verle. Entonces sus parientes sabiendo que no habría ya clemencia para él, y queriendo salvarle de la vergüenza del cadalzo, acudieron á la plaza de la Bastilla, con la esperanza de que se asomara á la ventana y de que podrían hacerle seña de que se suicidase él mismo.

Pero Lally estaba durmiendo.

Despertáronle para decirle que el presidente Pasquier que había entendido en su causa deseaba hablarle.

Lally saltó al momento de la cama.

— ¡ Oh ! sí, dijo, hacedle entrar ; que venga, que venga.

Había tal arrogancia en la mirada de este hombre que el presidente, cortado al encontrarse con ella, se detuvo en el umbral de la puerta.

— Señor, le dijo éste rompiendo el primero el silencio, el rey es tan bondadoso que si viera en vos la menor prueba de sumisión, os perdonaría seguramente ; confesad, pues, vuestros crímenes y declarad vuestros cómplices.

— ¡ Mis crímenes ! exclamó Lally, no los habéis encontrado cuando venis á que yo los confiese. En cuanto á mis cómplices, no siendo yo culpable, no los tengo. Ahora escuchad lo que voy á deciros : el paso que acabáis de dar me insulta, y sois el último de aquellos á quienes consintió que me hablen de perdón ; retiraos, pues, miserable, y que jamás vuelva á veros.

— Pero, señor, dijo Pasquier, reflexionad un momento, os extravía la pasión.

— ¡ Oh ! bien sabes tú que la pasión me extravia, tú que has abusado de ella para hacerme condenar; pero la sangre mancha á quien la vierte, y la marca que os dejare la mía, no se borrará jamás.

Y como Lally diese un paso hacia él, gritó Pasquier : ¡ favor !

Al momento entraron los carceleros.

— Que le pongan una mordaza, dijo; ha ultrajado al rey.

Al oír que le pongan una mordaza, se apoderó la rabia del prisionero, arrojóse sobre el presidente; pero los carceleros le detuvieron, y habiendo llamado la guardia en su ayuda, derribaron en tierra al viejo, y obedeciendo á la orden de Pasquier le pusieron la mordaza.

El pueblo, luego que supo esta infamia, llamó desde entonces á Pasquier : *Pasquier-mordaza*.

Después de Pasquier fué introducido el confesor. Lally pareció calmarse al escuchar las santas exhortaciones del sacerdote; pero esta calma era fingida, el prisionero se había procurado la punta de un compás, y en medio de su discurso el limosnero vió palidecer al preso.

Lally acababa de introducirse aquella punta del compás cerca del corazón.

Pidió socorro el limosnero, y apoderándose del sentenciado le amarraron en el acto.

— He errado el golpe, dijo Lally : ahora le toca al verdugo.

No tuvo que esperar largo tiempo el preso. Advertido por Pasquier el primer presidente de la resistencia del general y por los carceleros de su tentativa de suicidio, ordenó que se adelantase la ejecución.

Al anunciar esta noticia á Lally, exclamó éste :

— ¡ Ah ! tanto mejor, me han puesto la mordaza en el calabozo; pero quizá no se atrevan esos miserables á hacerlo cuando me conduzcan al cadalso, y entonces, ¡ oh ! entonces, hablaré.

Todavía fueron puestas estas palabras en conocimiento de los jueces. El pueblo había manifestado su simpatía hacia Lally, y hablando éste podía insurreccionar á aquél, mucho más cuanto que el parlamento no gozaba de popularidad alguna. Entonces, bajo pretexto de que el reo, á fin de sutraerse al suplicio, *podría tragarse la lengua*, según costumbre oriental; se arrojaron de nuevo sobre el conde volvieron á ponerle la mordaza, y después de bien amarrado le condujeron, como un perro rabioso, pero mudo, en un triste carrucho, rodeado de arqueros, y seguido de la carreta de Sansón.

Al ver á aquel infeliz con la mordaza, al ver á aquel anciano, cuya fisonomía revelaba las violencias de sus verdugos, el pueblo comenzó á demostrar su descontento, pero estaban tomadas todas las precauciones; habianse colocado fuerzas imponentes en toda la carrera que el sentenciado debía llevar, y no quedaba á los espectadores otro medio de manifestar su disgusto que un murmullo sordo.

Los espectadores eran numerosos, y desde la ejecución del conde de Horn, no había visto reunida la plaza de Greve una tan brillante sociedad. Casi toda la nobleza se hallaba allí en sus carruajes, conducida no por una cruel curiosidad, sino para hacer los honores al sentenciado.

Á este aspecto, recuperó el anciano general la calma y la serenidad de los campos de batalla. Era aquel el último combate que debía dar, solamente que

estaba seguro de que no sobreviviría á éste, pues que iba á luchar con la misma muerte.

Llegó con la cabeza erguida.

Ya sobre el tablado del cadalso, cuyos escalones habia subido animosamente, tendió sobre la multitud una dilatada y tranquila mirada; su boca estaba muda, pero habia en aquella última invocación de ojos más elocuencia que toda cuanta hubiera podido emplearse en el más elocuente discurso.

Sansón, padre, era quien debia ejecutar á Mr. de Lally, pero habia cedido este honor á su hijo, á pesar de su raro compromiso, que treinta y cinco años antes contrajera con la victima misma.

Volvia cierta noche Mr. de Lally de una casita que tenia en el arrabal de San Antonio, acompañado de algunos jóvenes calaveras, que aunque no bebidos enteramente, se hallaban todo lo alegres que convenia á jóvenes señores que se habian educado en tiempo de la regencia; divisaron una casa aislada en medio de un delicioso jardín, y en ella brillaba una iluminación del mejor gusto.

En efecto, la casa se hallaba entregada á la mayor alegría, y al través de los vidrios, se veian pasar como sombras multitud de bailarines y bailarinas: al punto ocurrió á los jóvenes la idea de participar de aquella diversión; Lally llamó á la reja, pero sin duda estaban tan agradablemente ocupados en la casa, que se vieron precisados nuestros nobles á hacer un ruido infernal para conseguir que acudiese un criado; éste les abrió preguntándoles lo que se les ofrecia.

— Lo que se nos ofrece, contestaron los jóvenes, es que vayas á informar á tu amo, de que cuatro nobles señores, que no saben en qué pasar el resto de

la noche, le preguntan si tiene á bien permitirles que disfruten de su baile.

El criado vacila, le meten un luis en la mano, le empujan, entra al fin en la casa, y los cuatro jóvenes, moderados hasta en su impertinencia, esperan en el umbral el permiso necesario para pasar adelante.

Cinco minutos después volvió el criado acompañado de su amo.

Este era hombre como de unos treinta años, de mirar sombrío y de severa fisonomía.

— Señores, dijo; mi criado acaba de darme de vuestra parte un recado, que no puede menos de honrarme infinito: parece que deseáis tomar parte en nuestro baile, con el cual se celebra mi matrimonio.

— ¡ Ah! replicaron los jóvenes. ¿ Conque os casáis? Tanto mejor, no hay cosa tan divertida como un baile de bodas; así pues, lo dicho dicho, y podéis contaros en el número de vuestros Lailarines.

— Ya os he expresado, caballeros, que tendré en ello el más vivo placer; pero me parece conveniente que sepáis quién es el hombre que va á recibir el honor de hospedaros.

— Es un hombre que se casa: he aquí todo lo que necesitamos saber.

— No por cierto, señores, necesitáis saber otra cosa, porque este hombre que se casa, es.....

El hombre dudó un momento.

— Es... repitieron en coro los cuatro atolondrados.

— El verdugo.

Esta contestación inesperada entibió un poco el ardor de los jóvenes; pero Mr. de Lally, que era el más audaz de todos, no quiso darse por vencido.

— ¡ Ah! ¡ ah! exclamó, observando con curiosidad al novio. ¿ Es una novedad! ¿ Conque vos, querido

amigo, decapitáis, ahorcáis, quemáis, enrodáis y descuartizáis? Pues señor, celebro en el alma que se me haya presentado esta ocasión de conoceros.

El verdugo le saludó cortesmente.

— Caballero, le respondió en seguida, cuando se trata de despachar á mártires de baja ralea, como ladrones, blasfemadores, brujos y envenenadores, resigno el trabajo en manos de mis ayudantes, porque bastan los criados, por torpes que sean, para dar cuenta de esa vil canalla; pero cuando por casualidad me caen entre manos jóvenes de familias distinguidas, como por ejemplo el conde de Horn, ó nobles señores como vosotros, ¡oh!... en estos casos, á nadie cedo el honor de cortarles la cabeza, ó el de romperles los huesos: me encargo, pues, yo mismo de la tarea, y puedo ofrecerles que contéis conmigo, si vuelven otra vez para la Francia los buenos tiempos de Montmorency, de Cinq-Mars ó de Rohán.

— Os cojo la palabra, Mr. de París, dijo Lally-Tollendal.

— Os la empeño, señores, y ahora ¿persistís en honrar mi casa?

— ¿Y por qué no?

— Pues seguidme.

Entraron los cuatro jóvenes, fueron presentados á la novia, bailaron alegremente durante el resto de la noche, y al día siguiente refirieron su aventura en Versalles, en donde obtuvo un éxito brillante.

Treinta y cinco años después, el general Lally, con los cabellos entrecanos, con una mordaza en la boca y sentenciado á muerte, se encontraba frente á frente con el sombrío personaje, cuyo huésped había sido en la primera noche de su casamiento.

Pero no era él, sino el primer hijo habido de aquel

matrimonio quien debía ejecutar al anciano guerrero.

Lally se arrodilló; Sansón, hijo, el mismo que veintisiete años después debía hacer rodar otra cabeza mucho más ilustre, levantó la espada de la justicia; mas como le temblaba la mano, descargó un golpe mal asegurado, que abrió el cráneo de la víctima.

Cayó el general de cara contra el tablado, pero casi al mismo tiempo se levantó.

Un alarido espantoso, maldición arrojada por cien mil espectadores, se elevó de la multitud. Sansón, padre, dió un salto, arrancó de las manos de su hijo, próximo á desmayarse, el hacha ensangrentada, y con la rapidez del relámpago hizo saltar la cabeza de Lally.

En medio del murmullo general producido por la ejecución, resonó un grito de dolor.

Un joven de catorce ó quince años le había arrojado.

He aquí las noticias que de este joven han llegado hasta nosotros.

Mr. de Lally había declarado el día antes á su confesor, antes de recibir la absolución, que su único sentimiento al dejar el mundo, era el recuerdo de un hijo abandonado, que ignoraba el secreto de su nacimiento, y que se educaba en el colegio de Harcourt con el nombre de Trófimo.

Deseaba ver á aquel niño antes de morir, estrecharle en sus brazos y llamarle hijo suyo.

El confesor cumplió los votos del general, pero casualmente era día de fiesta, y el niño, que era muy querido de los profesores, había salido del colegio con uno de ellos, y no debía volver hasta la mañana siguiente.

El sacerdote esperó al joven, y al verle, le hizo

saber á quién debía el ser y la desgracia que amagaba al autor de sus días : los deseos del veterano podían quedar satisfechos, y el niño podía ver al general por la última vez al dirigirse éste al suplicio que le aguardaba en la plaza de Greve.

Corrieron, pues, el confesor y el joven siguiendo las oleadas de una multitud inmensa que se apiñaba en todas las calles contiguas á la carrera : aquella afluencia retardaba los pasos del buen sacerdote, por lo que el joven se adelantó á él y se aventuró solo en medio del gentío.

Á pesar de sus esfuerzos, sólo pudo llegar á la plaza de Greve para ver á su padre caer, levantarse y sucumbir bajo el hacha del verdugo.

En manos de éste contempló únicamente aquella cabeza, cuyas últimas miradas le habian tal vez buscado inútilmente entre la multitud.

Aquel niño fué después de conde Lally-Tollendal, á quien muchos, que todavía viven, han visto, y á quien yo también he conocido.

El mismo me refirió lo que acaba de leerse.

Todo el mundo sabe que, á fuer de hijo reconocido y dotado de bellisimos sentimientos, su primer cuidado fué procurar con el mayor empeño la rehabilitación de la memoria de su padre, la cual obtuvo por último en 1778.

En 1789 fué diputado en los Estados Generales, y se distinguió mucho entre los oradores del lado derecho.

Emigró en 1790, volvió á Francia en 1792, fué preso, consiguió escaparse, entró de nuevo en su patria el año de 1801, tomó asiento en 1815 en la cámara de los pares, y la academia le abrió sus puertas en 1816.

Los amigos del desgraciado general Lally hicieron los mayores esfuerzos á fin de lograr que Luis XV le comutase la pena de muerte en otra.

Mad. de Heuze se arrojó á los pies del rey, y la señorita de Dillón su parienta, no pudo hablar á Luis XV, pero le escribió suplicándole que escuchase las declaraciones de Mrs. de Montmorency y de Crillon, buenos juéces en materias de honor y de ardimiento, á quienes no había querido oír el parlamento en descargo del acusado.

Todo fué inútil. El rey, ó más bien el ministro, se manifestó inflexible, y más tarde se arrepintió Luis XV de aquel rigor que se asemejaba á crueldad.

El niño fué confiado á la señorita de Dillón, y ésta tuvo buen cuidado de procurarse todos los documentos que justificaban su origen.

Después de las dudas llegaron los remordimientos, y un día se oyó que Luis XV dijo á Mr. de Choiseul :
— Felizmente no me toca á mí responder de la sangre derramada, porque vos me engañasteis.

El conde de Lally-Tollendal, último de este nombre, murió en 1830.